LA TORMENTA.indd 1 18/5/26 4:17 p. m.

LA TORMENTA.indd 2 18/5/26 4:17 p. m.

LA TORMENTA

CHAI EDITORA

LA TORMENTA.indd 3 18/5/26 4:17 p. m.

LA TORMENTA.indd 4 18/5/26 4:17 p. m.

Cynan Jones

LA TORMENTA

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

LA TORMENTA.indd 5 18/5/26 4:17 p. m.

Cynan Jones

Título original: *Pulse*

© Del texto, Cynan Jones, 2025

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Matías Battistón, 2026

Director de la colección:
Federico Falco

Diseño de tapa:
Gonzalo Marín

Foto de tapa:
Manuel Castillo

Diseño de identidad, colección y web:
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina:
Junio de 2026

ISBN: 978-631-6851-01-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

LA TORMENTA.indd 6 18/5/26 4:17 p. m.

x.

LA TORMENTA.indd 7 18/5/26 4:17 p. m.

LA TORMENTA.indd 8 18/5/26 4:17 p. m.

"El peregrino" se emitió por primera vez por BBC Radio 4 (2024), al igual que "Cuadrados blancos" (2018). "Los renos" se publicó por primera vez en la antología The 2022 Short Story Advent Calendar (Hingston & Olsen Publishing, 2022), y "La vaca" en la antología Freeman's Animals (Grove Atlantic, 2022). "El inventario", escrito por encargo como respuesta creativa al trabajo llevado adelante por la red interdisciplinaria Narrating Rural Change, se publicó por primera vez como plaquette (Stock, Nightjar Press, 2023) y como parte de la antología Best British Short Stories (Salt, 2024). "La tormenta" se publicó primero en The New Yorker (2024).

LA TORMENTA.indd 9 18/5/26 4:17 p. m.

LA TORMENTA.indd 10 18/5/26 4:17 p. m.

El peregrino

Cuando apareció la silueta de los dos hombres, los pájaros, extrañamente luminosos bajo la luna, salieron volando de las aguas poco profundas donde el río desemboca en el mar. Los hombres llegaron a la playa, apoyaron el bolso sobre las piedras; luego el más corpulento de los dos se fue a buscar el motor.

La luz de la luna estaba cargada de una cierta intensidad azul, y el borde blanco del mar tenía la textura granulada del polvo. Donde rompían las olas el agua parecía el borde de un papel al rasgarse. Hacía un sonido suave, efervescente.

Al irse el hombre más corpulento, el más flaco desató las correas del bolso, desplegó el bote inflable y empezó a bombearle aire. Parecía un animal nervioso, vadeando el agua, enflaquecido aún más por el traje de neopreno, apoyado sobre una pierna, con la otra subiendo y bajando sobre el inflador. El neopreno tenía por aquí y por allá pelos grises de terrier, como si los atrajera.

Cuando el grandote regresó con el motor al hombro, las gaviotas alzaron vuelo de nuevo, aunque esta vez cruzaron al otro lado del río.

Una vez inflado el bote, lo pusieron en el agua.

El grandote se sentó adentro y recibió la mochila y los abrigos, además de las cañas de pescar que habían traído por si los veían; después, el flaco se metió hasta la cintura para llevarlo mar adentro.

LA TORMENTA.indd 11 18/5/26 4:17 p. m.

El frío le atravesaba el neopreno.

Cuando volvió para traer el motor, los pelos del perro reflejaron la luz de la luna, dando la impresión de que algunas partes del traje estaban bordadas con filamentos grises.

Juntos, los dos hombres calzaron el motor en el espejo de popa y, con el motor inclinado para que no rozara el fondo de las aguas poco profundas, ajustaron las abrazaderas. Después el flaco se subió como pudo.

Con el peso adicional el bote se hundió un poco contra las rocas sumergidas, y el tipo más grandote usó el remo corto para empujarlo y guiarlo hacia el agua mansa, pasando la rompiente.

Ya a una distancia prudencial, sumergió el motor. Le dio tres buenos tirones a la cuerda de arranque.

El aparato hizo un ruido repentino al cobrar vida, que disminuyó de inmediato cuando el hombre bajó las revoluciones. El motor escupió un poco, gorgoteó; después él llevó la embarcación mar adentro.

La luna flotaba en la estela revuelta detrás del bote. La luz en esa superficie cambiante parecía surgir de la propia agua, como al cavar tierra esta se tiñe de un color que surge de las profundidades mismas.

Las gaviotas, recortadas contra el acantilado, parecían hechas de cera y cargar con la misma luminosidad del agua, dejándose caer de vez en cuando desde la piedra oscura y desbandándose

LA TORMENTA.indd 12 18/5/26 4:17 p. m.

al percibir el sonido del bote. Esto despertó cierta inquietud en el corazón del hombre más flaco. Una ligera ansiedad.

En un arranque de furia, rebelándose por dentro contra aquella sensación incómoda, tomó la mochila, que estaba debajo de los abrigos, y sacó un arnés extraño; todavía sentado, se lo calzó, arreglándoselas para subirlo hasta la parte superior de las piernas. Se colocó el arnés en los brazos y se lo abrochó en el pecho antes de ajustarlo, regulando las diversas correas, sin dejar nunca su posición semisentada.

Se le puso la piel de gallina en el dorso de las manos, y se dijo que era por el aire fresco del bote en movimiento. Pero mientras miraba los acantilados, no pudo evitar pensar que el chico estaba allá arriba en alguna parte, observando, todavía ahí sentado.

*

Cuando el hombre había ido a fijar la cuerda esa tarde, lo había visto ahí. Sentado, inexplicablemente, en aquella cima. Al chico. Absorto. Sentado y hecho un ovillo, como si le hubieran dado una patada en el estómago.

El hombre había titubeado en el sendero, haciendo callar al terrier. Se había quedado ahí, de pie, mientras el olor rancio, marino, de los nidos de gaviota del acantilado más abajo se alzaba bajo el sol cálido de la tarde.

El chico le recordaba a alguien a quien él solía maltratar en la escuela; tenía un cuaderno abierto sobre el regazo, como si sostuviera el ala abierta de un pájaro blancuzco para contarle las

LA TORMENTA.indd 13 18/5/26 4:17 p. m.

plumas. Y por un momento terrible, el hombre pensó: es él. Es *el mismo chico*.

Cuando el chico giró la cabeza, el hombre se escondió agachándose detrás de los helechos; vio la espuma que dejaban las cigarras en las collejas, cuyas flores pintaban de rosa la pendiente.

Su escupitajo, colgando, a punto de caer; la piel ruborizada del chico.

El redoble tribal de las correas de la mochila contra el techo del autobús de la escuela, mientras él la alzaba, sacándola por el tragaluz. Se había inflado como un globo antes de salir volando por el aire.

Su propia mochila, al agacharse, pesada por la soga enrollada y el lastre de plomo para mantener los cabos sumergidos. El extraño globito del flotador que colgaba de la mochila, que él pensaba atar a la soga de recuperación, ahora una silueta sombría con forma de ojo en el suelo, al lado suyo.

El terrier dejó escapar un gemido de frustración.

Una formación de gaviotas se deslizó por la columna de aire caliente que ascendía desde el acantilado.

No fue mi culpa. No fue mi culpa lo que le pasó al chico. Yo no fui el único. El chico se hizo aquello él solo.

Al pasar, una de esas gaviotas brillantes plegó un ala, sin necesidad aparente, y por un momento giró de lado en el cielo, y en ese momento el hombre sintió un aguijonazo de inquietud, como si él mismo hubiera perdido el equilibrio.

LA TORMENTA.indd 14 18/5/26 4:17 p. m.

No es él. No puede ser.

Pero era tan parecido. Tan parecido al chico ese. El de hace tantos años.

Los dos hombres ya habían entrado a la sombra oscura del acantilado, con el motor en ralentí, el eco del runrún contra la pared de piedra, el chapoteo lento del agua.

De vez en cuando el bote inflable rebotaba sutilmente sobre las grandes rocas que, incluso con la marea alta, estaban apenas por debajo del agua; tenía menos rigidez ahora, ya perdido el envión.

El hombre más flaco alcanzó y enganchó el pequeño flotador con el remo y lo atrajo hacia sí. Desató el flotador y lo dejó caer en el fondo del bote con un golpe sordo; luego abrió el lastre de plomo que había mantenido los dos extremos de la soga en el agua desde la tarde. Después ató los dos extremos al cabo de amarre de la borda con un nudo flojo y recorrió con la mirada la soga, que parecía desaparecer contra la sombra nocturna del acantilado.

Podía sentir que el otro, el corpulento, vigilaba la posición del bote. El motor: tic, choc. La partecita que colgaba de la cadena tintineaba contra la carcasa.

El nerviosismo pareció expandirse por el interior del hombre más delgado, que tembló ligeramente. Otra vez, se dijo que era el frío.

El chico, ahí. No significa nada. *La gaviota esa, girando sin razón*. Es el frío. Te está afectando el frío, nada más.

LA TORMENTA.indd 15 18/5/26 4:17 p. m.

El grandote ahora usaba el remo corto para ayudar a mantener la embarcación a unos metros de la base del acantilado, y el flaco estuvo a punto de hablar, de contarle lo del chico y la gaviota, pero entonces miró hacia arriba, al acantilado macizo, tan real, y supo que ya estaba a medio camino, que no había vuelta atrás.

Los pelos del traje de buceo parecían salidos de la barba del grandote. Como si el tipo lo hubiera estado olfateando. Perrito. Así le había empezado a decir el grandote a él, después de oírlo usar esa palabra con el terrier. Vamos, perrito, le decía el grandote.

El flaco se puso la capucha del traje. Parecía un hombre rana. Después se calzó los borceguíes.

Sacó de la mochila el guante de cuero grueso y la bolsa de lona, y se los metió bajo el arnés. Encendió y apagó brevemente la linterna minera y después se la ajustó en la cabeza. Se puso las gafas protectoras.

Cuando tiró del nudo para comprobar que la soga estuviera bien sujeta al anillo con forma de D unido a su arnés, el temblor que lo sacudía por dentro se volvió más fuerte, como si hubiera tirado del centro mismo de su ser. Sintió que el chico estaba en el acantilado, y que era él quien sostenía la soga.

El grandote dejó el remo, desató el extremo de la cuerda que había quedado atado a la borda y lo ató a un anillo de su propio cinturón. Miró al hombre más pequeño de un modo particular. Como si realmente fuera un perrito. Entonces el más pequeño encendió la linterna que tenía en la cabeza y se puso de pie, balanceándose en la proa del bote.

LA TORMENTA.indd 16 18/5/26 4:17p. m.

La marejada los acercó; cuando la proa chocó contra la base del acantilado, el más flaco buscó urgentemente de dónde agarrarse y, aferrándose con fuerza para que la mano le dejara de temblar, salió del bote, tanteando con los pies en busca de algún punto de apoyo.

Por un momento sintió que había quedado suspendido en el vacío, colgando, con un pie suelto, el agua empapándole el borceguí, cada centímetro de su cuerpo temblando contra la piedra de lutita. Después oyó las revoluciones del motor, el burbujeo del agua, sonidos que parecían venir de la piedra misma. Como si hubiera alguna actividad profunda en su interior.

La sensación de la soga al tensarse fue como el extraño sacudón de una ola repentina. El tirón lo separó del acantilado y lo mareó, le dio la impresión de que alguien lo arrancaba de la piedra. La linterna hizo un crujido de plástico cuando él se balanceó como un péndulo y golpeó sin fuerza contra el acantilado otra vez, con el neopreno amortiguando el impacto. Después logró controlarse. Lo sujetaba la soga, bastaba con no olvidarlo.

El chico no significa nada. No es nada. No era el mismo chico.

Intentó contribuir de algún modo a su ascenso por el acantilado, pero la verdad es que lo iban izando, a medida que el bote se alejaba y el hombre más grande tiraba de la soga, poniendo una mano delante de la otra.

Las cicatrices y los arabescos en la piedra parecían moverse bajo la luz de la linterna. Lugares de donde asirse con los dedos, que se escabullían cuando él alargaba la mano para encontrarlos.

LA TORMENTA.indd 17 18/5/26 4:17 p. m.

Superficies de piedra más lisa, fría, inasible.

Pedazos sueltos de lutita que se desmenuzaban al tocarlos.

Unos metros por debajo del nido encontró un saliente y se plantó, haciendo equilibro, de espaldas al acantilado, con el motor retumbando más abajo y vértigo horrible de la oscuridad, la inmensidad, la altura.

A pesar del miedo, intentó concentrarse en los pichones de halcón peregrino, nacidos sobre el reborde de piedra desnuda, en la fortuna que debían valer. Bastaba con estirar el brazo. Ahora bastaba con estirar el brazo.

Entonces oyó los halcones, los padres de los pichones. Las garras que raspaban la roca, unos graznidos por lo bajo, *chuc, chuc*, imprecisos, guturales.

Empezó a temblar y sintió que se le drenaban las extremidades. Quería la soga. La soga y nada más. No podía dominar el cuerpo. Trató de meter la mano en el guante grueso de cuero, pero se había quedado sin fuerzas. Y mientras se aferraba a la soga con alma y vida, deseando que todo aquello se terminara de una vez, sintió que estaba más floja. Más líquida.

Muy arriba, bajo el haz de la linterna, vio que la soga estaba atascada en una pequeña fisura, como si la roca la estuviera mordiendo.

Tiró. En vano. Mientras el motor del bote rugía con un aullido inútil, la línea que se extendía hacia el mar empezó a gemir por la tensión. Pálido de miedo, tiró de nuevo.

LA TORMENTA.indd 18 18/5/26 4:17 p. m.

Y el mundo cedió. Se le vino abajo. El saliente se desprendió. Con un aluvión ensordecedor de piedras que se despeñaban por el acantilado, pedazos sueltos que caían al mar. Su cuerpo, *la mochila, inflándose como un globo en el aire, un sollozo ahogado*, la pierna que golpeaba contra un saliente con un crujido que lo atravesó de pies a cabeza, colgando. Quedó boca abajo, agitando las manos, tratando de volar hacia el acantilado quebradizo, de balancearse, mientras sentía que lo vaciaban por dentro las detonaciones de su corazón, implosiones de aire.

Y salieron del nido. En ese momento. Salieron chillando y revoloteando. Piedra oscura, esquirlas que habían cobrado vida. Abalanzándose sobre él, a grito pelado.

La linterna se partió de tal manera que el foco agrietado ahora proyectaba una sombra, un relámpago invertido de luz oscura, que parecía una grieta en el acantilado contra el cual lo mandaba ahora el envión, unas fauces negras donde terminaría desapareciendo.

El escupitajo, estirado como una soga. Colgando, crispado, estremeciéndose.

Aleteando inútilmente mientras los pájaros no paraban de venir.

Y hasta en medio de todo aquello, aunque sabía, aunque sabía la verdad, sentía que era realmente el chico quien sostenía la soga. Y eso le daba más miedo que cualquier otra cosa.

Entonces hubo una tregua repentina. Los halcones se lanzaron hacia el cielo negro. Se alejaron del acantilado, del hombre flaco que colgaba ahí, gritando y llorando de pena. Como suplicándole

LA TORMENTA.indd 19 18/5/26 4:17 p. m.

al mundo. Que no pasara esto. No dejen que pase esto. Dejen a nuestros hijos en paz.

LA TORMENTA.indd 20 18/5/26 4:17 p. m.